

La Iglesia Católica en Chile

DESDE 1810 HASTA 1910

BREVE RESEÑA

LA historia eclesiástica de Chile durante los pasados cien años es la de una evolución continua y de un progreso que, en el resto de la América Latina, pueden tener análogos más no superiores.

Debíose este éxito tanto al arraigado cristianismo de los chilenos cuanto a la admirable serie de Obispos y preladados que, desde el comienzo de la República, han regido las Iglesias de Chile.

Al analizar las características de raza podríamos quizás hallar alguna explicación de ese progreso religioso cuyo carácter verdaderamente excepcional es digno de atención y estudio.

Obligados en estas breves páginas a condensar los datos, diremos sólo que, en nuestro parecer, débese el éxito de aquella evolución religiosa a la peculiar pureza de la sangre española en este país.

Mientras, en las otras Repúblicas del continente predominaba el elemento indígena sobre el español hasta el punto de absorberlo a veces y en todo caso, de desnaturalizarlo, en Chile, al contrario, ese mismo elemento ha ido transformándose paulatinamente hasta el punto de perder gran parte de sus caracteres étnicos, y de fundirse con la raza conquistadora formando así el pueblo más homogéneo de América.

En este hecho está, por decirlo así, la raíz del progreso religioso de Chile. Sabido es, en efecto, que, a pesar de las exterioridades y del barniz religioso cuya capa es más o menos gruesa y grosera, según las regiones, las razas indígenas no han dejado que el

cristianismo penetrara hasta el corazón mismo de la personalidad.

Por otra parte, sábase asimismo que los mestizos suelen, por lo general, heredar los defectos de ambas razas que contribuyen a formarlos y que sólo en parte heredan sus cualidades. De ahí fluye que, en los países de abundante "mestizaje", el cristianismo sea con frecuencia, una mera exterioridad y no una fuerza viva.

Todo lo contrario sucede en países de raza homogénea, sobre todo, si esa raza es, como la española, neta y substancialmente religiosa.

Añádase a este elemento de progreso el que resultaba del carácter aristocrático de una gran parte del clero chileno.

Hijos de las mejores familias de esta tierra, sus clérigos han sabido, como buenos descendientes de hidalgos, mantenerse a un nivel de instrucción, moralidad y desprendimiento que les ha granjeado el respeto de la sociedad y del pueblo. Desconocer la importancia social y religiosa de semejante hecho equivaldría a dar pruebas de absoluta ceguera crítica, sobre todo si se advierte que, en otros países americanos, el clero más o menos indio ve disminuirse su prestigio a medida que aumentan en las venas del clérigo, las gotas de sangre indígena.

Esto, al menos, dicen los viajeros y, por más que puedan encontrarse honrosas excepciones, es la cosa más natural y lógica del mundo, como que se verifica, no tan sólo en América, sino en todos los países de raza mezclada.

Por fin, el factor principal de ese progreso ha sido el episcopado chileno.

La falta de espacio no nos permitirá esplayarnos como fuere deseable en tan importante como interesante materia y, además, dada la peculiar importancia de Santiago y la preeminente actuación de sus arzobispos, nos veremos obligados a dedicar a la primera diócesis de Chile las más de estas líneas.

I

En 1810, dividióse Chile en dos diócesis, Santiago y Concepción, sufragáneas ambas del arzobispado de Lima.

Esta división se mantuvo exacta hasta 1836, el Gobierno de Chile, obtuvo de la Santa Sede la erección de Santiago en arzobispado y la creación de los dos obispos de La Serena y Ancud.

II

Los preladados que han gobernado la Iglesia de Chile durante este siglo merecerían una biografía que la escasez de espacio nos prohíbe emprender.

La serie de Santiago empieza con el Ilustrísimo señor José San-

SEÑOR D. MANUEL

VICUÑA



V. VALDIVIESO

SEÑOR D. RAFAEL



SEÑOR D. JOAQUÍN BARRÁN GARBARRILLAS



SEÑOR D. MARIANO CASAROVA



SEÑOR D. IGNACIO GONZÁLEZ ESQUIVARE

219-729 17 set. 1910

BIOTEC



Don José Ignacio Cienfuegos.

Don Francisco Ruiz de Ovalle.

Don Alejo Eyzaguirre.

Señor Elizondo

tiago Rodríguez Zorrilla, quien, aunque chileno, fué, durante su episcopado, mirado con recelo por los patriotas. Participaba el señor Rodríguez Zorrilla de los excrúpulos que hicieron inaceptable para muchos la revolución de la independencia. Natural era que, hombres educados en el respeto más profundo hacia la magestad real, miraran con sospecha un movimiento antimonárquico.

Sucedió al doctor don Manuel Vicuña, nacido en Santiago en 1778, instituido arzobispo en junio de 1840 y fallecido en Valparaíso en mayo de 1843.

Su breve episcopado no permitió al piadosísimo primer arzobispo de Santiago dejar profundas huellas en las obras religiosas que entonces empezaban á organizarse.

El grande organizador y, por poco dijéramos el creador, fué el doctor don Rafael Valentín Valdivieso. Nacido en Santiago en 1804, el señor Valdivieso empezó como abogado una carrera que se terminó sobre el trono arzobispal de Santiago ocupado por él desde 1847 hasta 1878. Durante 31 años, su actuación como organizador de la arquidiócesis y reformador de las órdenes religiosas hizo de él el prelado más eminente de Chile y de la América latina. Así al menos opinaron la Santa Sede y sus colegas del episcopado cuando, en la mitad de su carrera, (y en el concilio Vaticano), lo eligieron para miembro de las principales "comisiones" de aquel concilio.

Al fallecer el Ilmo. señor Valdivieso, entró á gobernar la diócesis el señor Larrain Gandarillas, en calidad de Vicario Capitalar. Durante los 8 años de su gobierno, la lucha entre el poder civil y la autoridad religiosa, motivada por el rechazo de la candidatura arzobispal del se-

ñor Taforó, llegó á su período álgido y produjo desórdenes y transformaciones cuyos rastros son, aún visibles y deplorables, como por ejemplo, la ley de Matrimonio Civil la cual es, en su forma actual, causa eficaz de la desagregación de la familia.

Instituido arzobispo en 1886, el Ilmo. señor Casanova gobernó esta iglesia hasta 1908. Es inútil insistir sus hechos que todos conocemos por haberlos presenciado. Basta decir que al señor Casanova se debió el estado de esplendor de la Iglesia de Santiago: Sínodo de 1895, creación de la Universidad Católica, Instituto de Humanidades, reformación de la Catedral, varias congregaciones religiosas, etc., etc. Durante su pontificado desaparecieron en gran parte las asperezas político-religiosas de la época anterior, reinando en Chile una paz fecunda que ni la misma revolución de 1891 pudo destruir y merced á la cual llegaron á florecer todas las instituciones católicas del país. Frutos son estos de la profunda ilustración, y del celo prudente de aquel inolvidable prelado.

Al señor Casanova sucedió el Ilmo. señor doctor don Juan Ignacio González, digno metropolitano de Chile desde 1908, á quien se debe el gran esfuerzo últimamente iniciado con el fin de desterrar de este país el azote del alcoholismo. Empeñado desde antiguo en obras sociales, el actual prelado es verdadero padre del pueblo, cuyo bienestar moral y material es permanente objeto de sus desvelos.

Los prelados de las otras diócesis cooperaron activamente á la labor en que tanto se distinguieron los arzobispos de Santiago, mereciendo especial alabanza los Ilmos. señores Orrego y Salas, Jara é Izquierdo.

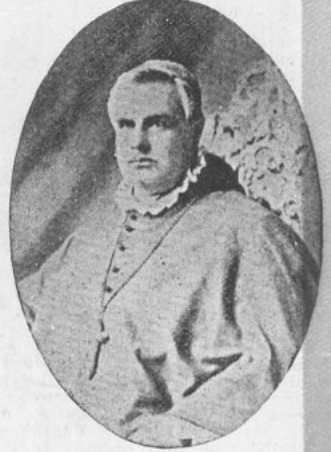
Sentimos que la relativa brevedad de este ar-



Ilmo. señor don Ramón Angel Jara, obispo de La Serena



Ilmo. señor don Luis Izquierdo, obispo de Concepción.



Ilmo. señor don Guillermo J. Cáster, obispo de Antedone.

título no nos permita ensalzar como lo merecen las dotes de aquellos tres prelados y nos obligue á omitir los demás. Si los dos primeros pertenecen ya al pasado, el tercero vive felizmente entre nosotros y no hay en Chile quien no conozca y admire la elocuencia del Ilmo. señor Jara. El Ilmo. señor Izquierdo mantiene vivas en Concepción las tradiciones del señor Salas. En el norte y en el sur prelados y sacerdotes, todos con admirable unión trabajan en fomentar el progreso religioso de este país.

III

La acción religiosa

En la introducción hemos aludido al éxito de la acción religiosa y hemos dado acerca del mismo una explicación que, por más cierta que nos parezca, exige, sin embargo, algunos pormenores para su plena y perfecta comprensión.

Los medios de acción religiosa que la Iglesia Católica de Chile tiene á su alcance, medios creados por ella merced á la inagotable caridad de sus hijos y al celo de sus jefes, son verdaderamente poderosos. Comparados con los de las demás iglesias latinas de este continente, resultan del todo excepcionales y, más aún, pueden sufrir con ventaja una comparación no tan sólo con las de muchas iglesias norte-americanas sino con la generalidad de las iglesias del Viejo Mundo.

A menudo suelen los católicos europeos y norteamericanos mirar con desdén á las iglesias de la América Latina. Hijo de la ignorancia y de la presunción aquel desdén no resistiría á las estadísticas que en seguida vamos á formar.

A las órdenes de la iglesia chilena hállase un clero secular compuesto de 697 sacerdotes, un clero regular que consta de 1421 religiosos y, ayudando á ambos en las obras del apostolado, 33 congregaciones religiosas de mujeres cuyos miembros alcanzan, en 1910, á 2,283.

En las 295 parroquias en que se divide el territorio, la evangelización directa se hace por medio de la predicación y enseñanza de la doctrina cristiana. En ciertas épocas del año ábrense al público las casas de ejercicios espirituales á que acuden innumerables personas en busca de su mejoramiento religioso y moral. El crecido número de dichas casas (son 22 para la sola arquidiócesis de Santiago) no bastaría, sin embargo, á satisfacer las necesidades espirituales si, durante todo el año, las órdenes religiosas no colaboraran por medio de misiones á la evangelización del país. Entre los religiosos que más se distinguen en esa árdua labor, cuéntanse los jesuitas, Iazaristas, Redentoristas, Padres del Corazón de María, Asuncionistas, etc.

Cooperan con los párrocos en aquella tarea de moralización las sociedades de Obreros, los círculos católicos y todo el conjunto de organizaciones de índole social creadas y renovadas los últimos treinta años: Instituto de caridad evangélica, Sociedad de San Francisco de Regis, para facilitar el matrimonio de los pobres, Sociedad de San José, congregaciones y cofradías innumerables.

Lo que sobre todo honra á la iglesia de Chile y la distingue entre todas es la organización que ha sabido dar á la enseñanza, primaria, secundaria y superior.

A la base de ese hermoso edificio, encontramos las escuelas parroquiales regentadas por maestros y maestras cuya formación pedagógica es obra de dos escuelas normales creadas por el Ilmo. señor Casanova; las escuelas cristianas cuyos maestros son los Hermanos de la Congregación fundada por el B. Juan B. de la Salle y cuyas maestras pertenecen á las diversas congregaciones de mujeres esparcidas por todo el mundo.

La enseñanza secundaria es dada en los seminarios diocesanos, entre los cuales son dignos de especial mención los tres de la arquidiócesis, el de los Angeles Custodios en Santiago, el de San Pelayo en Talca y el de San Rafael en Valparaíso; ya el Instituto de Humanidades en Santiago, cuya organización interna corresponde á la esplendidez del edificio en que funciona y que adorna la Alameda de la capital.

Al lado de aquellos establecimientos en que el clero secular ayudado por inteligentes colaboradores seculares forma miles de alumnos, cuéntanse muchos colegios dirigidos por miembros de las diversas órdenes religiosas: Jesuitas (San Ignacio, en Santiago), PP. Franceses (Santiago y Valparaíso); Salesianos, Padres del Verbo Divino, etc., etc. Injuto sería olvidar las escuelas monásticas anexas á los principales conventos de las diversas órdenes. Aunque instituidas principalmente para el reclutamiento de las órdenes, ellas no dejan de cooperar eficazmente en la obra de educación nacional.

Coronado ese edificio, la Universidad Católica, creada merced al esfuerzo combinado del Ilmo. señor Casanova, del Ilmo. señor Ibarra Gandarillas y de los católicos chilenos, completa la organización de la enseñanza en el país.

Empezó dicha Universidad á funcionar en abril de 1889. Hoy cuenta con tres Facultades (Derecho,

Matemáticas y Agricultura) y con una escuela de sub-ingenieros. En 1909 sus alumnos alcanzaron al número de 629. El cuerpo docente de la U. C. es de 62 profesores entre los cuales cuéntanse numerosas eminencias científicas.

Llegado el término de este viaje al través de un siglo, es imposible, á pesar de las deficiencias de este cuadro, no advertir el progreso enorme realizado desde 1810.

En esa fecha todo, en la Iglesia de Chile, era rudimentario y, merced á los desórdenes de una larga revolución, el poco orden de la época colonial hubiera degenerado en monarquía si Chile no hubiera merecido y obtenido la admirable serie de obispos que, paso á paso, han venido desde 1810 reformando y creando las obras que acabamos de enumerar.

A la vez que con derecho se enorgullece de ellas, debe Chile agradecer su esplendor á los prelados que supieron reformarlas y crearlas.

Unidos por los sagrados vínculos del patriotismo y de la religión, el pueblo católico y sus jefes han trabajado con éxito al engrandecimiento de su patria.



1. Ilmo. señor don Ramón Astorga.—2. Ilmo. señor don Plácido Labarca.—3. Ilmo. señor don Jorge Montes.—4. Ilmo. señor don Agustín Klinké.—5. R. P. Manuel A. Román.—6. R. P. Crescente Errázuriz.—7. R. P. J. M. Aguilano.—8. Canónigo señor Miguel Rafael Prado.